

CIEN AÑOS DE LOS HERALDOS NEGROS

Escrituras en torno a la poética de César Vallejo¹

Jorge Polanco y Gonzalo Jara, Editores. Ensayos, Varios autores. Ediciones Inubicalistas, Valparaíso 2019, 162 páginas.

Felipe Moncada²

Este libro no solo nos recuerda la vigencia de César Vallejo, mediante conmemorar su primera publicación, también nos recuerda a otros intelectuales del Perú del siglo pasado, claves a la hora de entroncar las ideas de vanguardia con el indigenismo, las causas obreras, y los cambios políticos. Ahora, a más de cien años de ese entusiasmo (utópico, se diría ahora), pienso en Mariátegui y la revista *Amauta*, en Antenor Orrego, en los cuentos de Abraham Valdelomar, en la vanguardia trujillana, y una serie de circunstancias que hicieron posible la aparición de Vallejo como ruptura, pero también como apertura a un universo, que desde lo indígena a lo cosmopolita, se termina identificando con el ser humano en cuanto criatura que sufre.

En estos 11 ensayos escriben personas de distintas áreas: filosofía, literatura, sociología, historia, pedagogía, música, artes visuales, y especialistas de diferente formación; licenciados, magísteres, doctores, estudiantes. La mayoría, sino todos, tienen afinidad con la poesía. ¿Por qué mencionar la especialidad, o el grado académico de los y las autoras? Pienso, quizás básicamente, en que es un síntoma de la trascendencia de Vallejo, y de la extensión de su influencia más allá del ámbito de la poesía o la literatura, hacia otros ámbitos del pensamiento.

Y más allá del virtuosismo lingüístico de Vallejo, de la magnitud de su ruptura, de su compromiso con el dolor humano, hay temas que persisten, que tienen que ver con el gran peso de la política y la economía desde los centros industriales y comerciales, hasta la última de las comarcas. En Latinoamérica, esto sería un orden social proveniente de la colonización europea, que cambia de vez en cuando su set de cosmética y sigue operando, incluso de manera cada vez más eficiente, ese poder de origen oligárquico ha sido el molino de viento de miles de intelectuales de izquierda, y ahí está el molino, reluciente y a poco de moler sus últimos granos.

Abordemos brevemente los 11 ensayos.

En el ensayo titulado "La poética de Vallejo. Un ejercicio de comparación", de Osvaldo Fernández, se analiza el cambio de poética que ocurre entre *Los heraldos negros* y *Trilce*, y se describe minuciosamente ese viraje desde una estética modernista, con su alusión al "oro absurdo" de las palabras, hacia la asimetría e imperfección propuestos como canon en *Trilce*. Habría entonces una transición notoria desde la poesía concebida al interior de la "nave sagrada", a la concebida

¹ Leído en la presentación del libro, viernes 13 de septiembre de 2019, en la librería Concreto Azul, Valparaíso. En la presentación también estuvieron Natalí Aranda y Gonzalo Jara. En la ocasión una mesa de poetas, formada por Cecilia Luna, Victoria Herreros y Luisa Ambrosetti, dieron lectura de poemas y prosa de César Vallejo.

² (Quellón, Isla de Chiloé, 1973). Poeta, Licenciado en Educación y Profesor de Estado en Física y Matemáticas (USACH). Ha trabajado como autor y editor de libros de Física para secundaria. Editor de la revista *La Piedra de la Locura*. Miembro de Ediciones Inubicalistas.

en la prisión de Trujillo con su "Venus de Milo mutilada", esto en un lapso de apenas tres años, con una prisión experimentada de por medio, y que marcará para siempre la visión estética de Vallejo.

Hay que hacer notar que esta relectura de Vallejo trasciende a *Los heraldos negros*, o a *Trilce*, e inclusive a su poesía, pues dos ensayos revisitan su narrativa, en particular la novela *El tungsteno*. Publicada en 1931 bajo el rótulo de novela social, narra la llegada de una compañía minera a un pequeño poblado indígena, con la consiguiente fractura social que provoca. Ana María Cristi revisa el rol de la mujer indígena, como el último eslabón de la dominación colonial, revitalizada con la llegada de una empresa minera norteamericana, y expone "la representación del cuerpo femenino indígena, como el principal protagonista que encarna las depravaciones, mutilaciones y desgarros de los agentes del imperialismo explotador". Emilio Guzmán por su parte, indaga en la novela social, de acuerdo al modelo del realismo socialista, y hace un paralelo con nuestro Baldomero Lillo, quien también retratará una población obrera bajo la explotación capitalista, en este caso de las minas de carbón de Lota. Tanto Ana María como Emilio, coinciden en hacer notar las diferencias entre el proyecto socialista de estatización, colectivización e industrialización, con la mirada compasiva de Vallejo hacia la naturaleza violentada, metafórica muchas veces en los cuerpos de indígenas explotados.

Desde la lectura de poemas de *Los heraldos negros*, Teresa Concha explora el conflicto de los poetas de la época con Dios, y la relación de Vallejo con un Dios muerto, moribundo, o que puede llegar a odiar a sus criaturas, como en el poema liminar de *Los heraldos*, o el poema *Espergesia* que cierra libro, y en el que se menciona a un Dios enfermo. Ello lo relaciona con la visión de Benjamín sobre el lenguaje y la expresión del ser espiritual. "En tal orden de cosas" —afirma Teresa— "el Dios de Vallejo devuelve al hombre al abismo de lo fragmentario".

María Cecilia Luna se inclina por analizar dos ensayos de Vallejo sobre el concepto de vanguardia, estos son "Poesía nueva" de 1926 y "Contra el secreto profesional", de 1927. En ellos alude a una generación de escritores que consideran que por importar mecanismos de las vanguardias europeas, crean algo nuevo, o con solo mencionar novedades tecnológicas, se instalan como voces renovadoras. La posición de Vallejo es de sospecha ante el oportunismo discursivo e insiste en buscar en las raíces americanas o en la realidad cotidiana, y reclama una mirada que no sea una mera mimesis de recursos, para ubicarse en la frontera de la expresión no bastaría entonces adoptar mecanismos novedosos, si no hay sensibilidad propia y vitalidad poética.

El texto de Cristian Olivos se centra en el momento en que Vallejo abandona el Modernismo, entre la publicación de *Los heraldos negros*, *Trilce* y la escritura de los cuentos y narraciones de *Escalas*, de 1923, donde explora el lenguaje de una manera tal, que de allí sacará elementos para avanzar en la construcción de su estética personal. Allí Olivos ingresa a tópicos poco conocidos, como la experimentación con drogas, o la influencia de Poe, o su trabajo como periodista en París y su relación amistosa, pero distante con los discursos de la vanguardia europea. Y las especulaciones estéticas de Vallejo, que dan cuenta de cómo el lenguaje del Modernismo ya no daba abasto para expresar la complejidad del siglo XX.

“Una revolución artística no se contenta de conquistas formales”, dice Mariátegui, citado por Claudio Berríos en su ensayo, ahí se hace cargo de las críticas surgidas al indigenismo, principalmente las hechas por Mario Vargas Llosa y seguida por algunos intelectuales entusiastas del orden occidental. Allí aborda el pensamiento marxista de Mariátegui y su influencia en intelectuales y una cierta visión de la realidad para ver los movimientos sociales del Perú, y por correspondencias de origen, de Latinoamérica. Berríos explica la singular manera en que el sentimiento indígena aflora en el autor de Santiago de Chuco, y comenta: “Pareciera ser que su poesía maneja emociones más que imágenes, lo que le permite generar una poesía menos descriptiva, y por lo tanto más móvil”. Y en palabras de Mariátegui: “Hay en Vallejo un americanismo genuino y esencial; no un americanismo descriptivo o localista. Vallejo no recurre al folklore. La palabra quechua, el giro vernáculo no se injertan artificiosamente en su lenguaje; son en él producto espontáneo, célula propia, elemento orgánico” y agrega: “Este indigenismo no sueña con utópicas restauraciones. Siente el pasado como una raíz, pero no como un programa.”

Muy diferente es el tema escogido por Felipe González, quien a partir de algunos poemas de *Los heraldos negros*, en que aparecen alusiones a animales, revisa y contrapone la visión dominante en occidente, que considera a los animales como seres inferiores según las jerarquías del humanismo, y destaca la compasión “fuera de época”, del poeta peruano para con una araña herida y ciertos bueyes que invocan al antiguo mundo incaico, con una sensibilidad que se acerca al actual animismo o a las ideas de Julieta Yelin, en contraposición a Heidegger.

Victoria Herreros, en su ensayo “*Trilce: la revelación del tiempo*”, analiza la emocionalidad en ese libro clave del poeta formado en Trujillo. La fragilidad del presente, el sinsentido y el absurdo como operaciones contrarias a la lógica racional, pero favorables a una expresión más fiel de la realidad del oprimido, son algunos de los tópicos que desarrolla Victoria en su ensayo centrado en la poesía.

Finalmente, los editores, Jorge Polanco y Gonzalo Jara, cierran el libro con sus respectivos ensayos, el primero titulado “El hambre en César Vallejo”, profundiza en las representaciones del hambre y la orfandad en la poesía, vista ella como la casa del desamparo, más que la casa del ser, propone una dialéctica de la plenitud de verbal versus la carencia, y ubica a Vallejo en el balbuceo, el temblor, la fisura, la pérdida de la casa como origen, como motores de su escritura. Gonzalo Jara por su parte, en su ensayo “César Vallejo: Latinoamérica, indigenismo y vida”, revisa la bohemia trujillana, su visión trágica de la vida, con la influencia de intelectuales como Antenor Guerrero y Mariátegui, y la relación de Vallejo con sus contemporáneos en Europa. Gonzalo ahonda en la concepción vitalista del indigenismo, citando a Antenor Guerrero: “El indigenismo en Vallejo se convierte en algo vivo, lo que implica estar lejano a la idea de un pasado incaico grandioso y que se debía repetir, no es una farsa de la vida, no es una actitud de museo, ya que esta debe crear y mostrar su constancia creadora.”

De más está decir, que estas breves reseñas apenas rozan la superficie de los textos, y que cualquier lector atento encontrará estas y muchas otras aristas de lectura.

Finalmente me gustaría hacer notar cierta sincronía. El hecho de reunirnos esta noche en un subterráneo en la lejana ciudad de Valparaíso, costera como Trujillo, y recordar aquella fantasmal vanguardia trujillana puede no tener mayor relación, pero me gusta pensar en la imagen de esas raíces que conectan bajo el suelo a lejanos árboles mediante hilos secretos, porque pareciera que bajo el subsuelo de los estudios literarios o académicos en general, hay fuerzas, persistencias de otro tipo, que exceden lo académico o lo formal, y que tiene que ver con esas fuerzas telúricas que Gonzalo Rojas destacaba, al comparar el rostro de Vallejo con el esqueleto de la cordillera de los Andes. El llamado a buscar lo originario, la tentación de fundar lo nuevo, la definición colectiva de la realidad para intervenirla, la relación entre literatura y política, son algunas de estas fuerzas o impulsos que dan continuidad en los ensayos, y que fueron también la preocupación de esa lejana vanguardia latinoamericana.

En la presentación del número 1 de la revista Amauta, en 1926, Mariátegui escribe:

“El trabajo de la revista nos solidarizará más. Al mismo tiempo que atraerá otros buenos elementos, alejará a algunas fluctuantes y desganados que por ahora coquetean con el vanguardismo, pero que apenas este les demande un sacrificio, se apresurarán a dejarlo. Amauta cribará a los hombres de la vanguardia — militantes y simpatizantes— hasta separar la paja del grano. Producirá o precipitará un fenómeno de polarización y concentración. (...) “Los que fundamos esta revista, no concebimos una cultura y un arte agnósticos. Nos sentimos una fuerza beligerante, polémica. No le hacemos ninguna concesión al criterio generalmente falaz de la tolerancia de las ideas. Para nosotros hay ideas malas e ideas buenas”.

Leo esto y pienso que casi cien años después nos complica polemizar, argumentar, sin llegar al silencio o al desborde, como si retomar esa tradición humanista fuera un retroceso en la línea siempre ascendente y acelerada del presente. En buena hora entonces nos hablan estos ensayos de un lenguaje fracturado que habla del dolor, pero también de la acción política en que ello puede derivar, si se piensa más allá de lo individual.